

CAPÍTULO IV

Filosofía nahoá. — Materialismo. — Sabeismo de la religión. — Las cuatro mansiones de los muertos. — El Chichihuacuauhco. — El Mictlán. — Viaje de los difuntos. — Fatalismo. — El Tlalócan. — La mansión del sol. — Falta de premios y penas. — Mortalidad del alma. — Situación definitiva de la raza nahoá. — Falta de anales. — El Chicomoztoc. — Su posición geográfica. — Huehuetlapállan. — Culhuacán. — Ruinas. — Arquitectura. — Las casas circulares. — La estufa. — El culto del fuego y del sol. — El comunismo. — La poligamia. — Las casas largas. — La autoridad y el sacerdocio del padre. — Las casas grandes. — La tribu. — Costumbres. — Alianza entre las casas grandes. — Estado de guerra. — Las casas de las rocas. — La ciudad. — Las castas. — La teocracia. — Ruinas del Gila. — El culto. — El laberinto. — Población. — La fortaleza. — El palacio. — Siba. — Duración de la época tlápalteca. — El hombre nahoá. — Los indios barbados. — Las danzas sagradas. — La región tolteca. — Sacerdotes hechiceros y curanderos. — Predicadores. — Sacrificios.

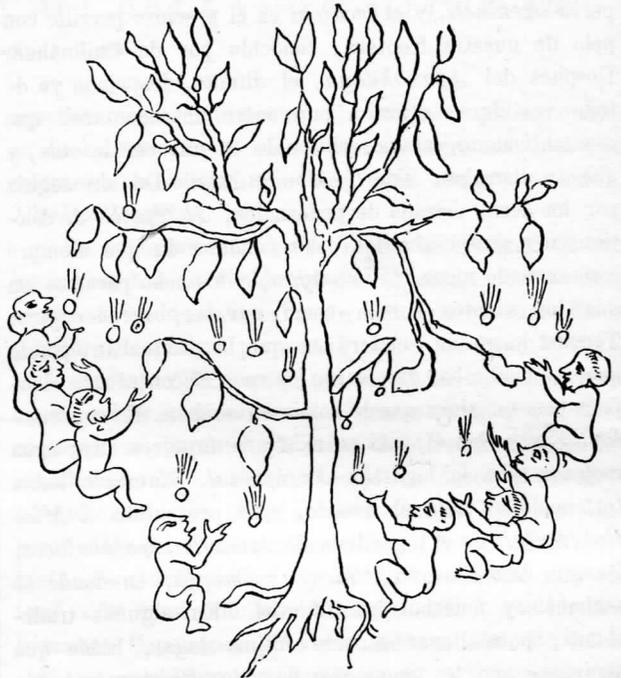
La filosofía de los pueblos primitivos se encierra en su religión: al tratar de la una hay que hablar de la otra, pues son dos materias tan íntimamente ligadas, que puede decirse que son una sola. Comprenderlas es conocer el espíritu de la raza, lo que explica entonces lógicamente su desenvolvimiento histórico.

Bastante nos indica la teogonía nahoá á este respecto; y sin embargo, escritores de mucha nota se han extraviado por querer atribuir á la raza *náhuatl* todas las posibles perfecciones. Así no dudan en afirmar que las primeras tribus, los mismos tolteca, fueron deístas. Pero su cosmogonía nos dice lo contrario. Comprendieron un sér creador, el *Ometecuhtli*; pero ese creador era el elemento material fuego, y la creación se producía por el hecho material del *omeycualiztli*. El sér creador era el eterno, el *Ayamictlán*; pero lo imperecedero continuaba siendo la materia fuego. Los dioses son los cuatro seres materiales, los cuatro astros, *Tonacatecuhtli*, *Tonacacihuatl*, *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*. Deificaron las lluvias en *Tlaloc* y los mares en *Chalchiuhtlicue*; pero esas deidades eran también dos seres materiales. Para explicarse la aparición del hombre, recurrieron á la acción material del fuego sobre la tierra, al matrimonio simbólico de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*. Jamás se percibe siquiera la idea de un sér espiritual. Los nahoas no fueron deístas, ni puede decirse que su filosofía fué el panteísmo asiático; fué tan sólo el materialismo basado en la eternidad de la materia. Su religión fué el sabeismo de cuatro astros; y, como su filosofía, era también materialista.

Pero debemos penetrar más en la cuestión y estudiar sus ideas respecto de la unidad hombre. En esto igualmente encontramos extraviados á los escritores,

como en todo lo que á nuestras antigüedades se relaciona: los unos niegan todo estado de progreso, á pesar de los datos fehacientes que lo testifican; los otros suponen que los nahoas alcanzaron un adelanto incompatible con el medio social en que vivieron.

Es fortuna que tengamos un dato precioso é indiscutible para resolver la cuestión: las mansiones de los



El árbol de leche de los niños muertos

muestrados. Estas mansiones eran cuatro: el *Chichihuacuauhco*, el *Mictlán*, el *Tlalócan* y el *Ilhuicatl-Tonatiuh*.

La primera mansión era el *Chichihuacuauhco*. Allí iban los niños muertos; y en ese lugar, como lo significa su nombre, había un árbol de cuyas ramas goteaba leche con que los niños se alimentaban. Decían que esos niños volverían al mundo para poblarlo cuando se destruyese la raza que habitaba la tierra. La idea es poética y más que poética tierna; pero no es espiritua- lista. En el espiritismo moderno las almas son las que vuelven; mas en las creencias nahoas los niños estaban materialmente en el *Chichihuacuauhco*, vivían y se alimentaban materialmente, y materialmente tenían que tornar á la tierra para repoblarla.

Para llegar á la segunda mansión llamada *Mictlán*, en que reinaban *Mictlantecuhltli* y *Mictlancihuatl*, tenían que hacer los muertos un largo viaje. Lo explicaremos siguiendo el orden de la pintura jeroglífica. El muerto había de pasar primeramente el río llamado *Apanohuaya*. Necesitaba, para atravesarlo, del auxilio de un perrillo, *techichi*. Para esto hacían llevar al difunto un perrito de pelo bermejo al que ponían al pescuezo un hilo flojo de algodón. Contaban que cuando el difunto llegaba á la orilla del *Apanohuaya*, si el perro lo conocía por su amo lo pasaba á cuestras nadando, y que por eso los naturales criaban á este efecto dichos perrillos; lo que hacían con los de color bermejo, pues los de pelo blanco ó negro no pasaban el río, porque el de pelo blanco decía: *yo me lavé*, y el de pelo negro: *estoy manchado*. Esta leyenda popular acredita su origen nahoas, pues en México había sólo el perro *itzcuintli*, y el *techichi* es el precioso perrillo con pelo de nuestra frontera, conocido por de Chihuahua. Después del *Apanohuaya*, el difunto, despojado ya de toda vestidura, cruzaba por entre dos montañas que constantemente estaban chocando la una con la otra, y que se llamaban *Tépell Monamichtia*. De ahí seguía por un cerro erizado de pedernales, *Itztépell*. A continuación atravesaba los ocho collados en que siempre está cayendo nieve, *Cehuecáyan*, y los ocho páramos en que los vientos cortan como navajas, *Itzehecáyan*. Tomaba luego un sendero en que lo asaeteaban, por lo que se nombraba *Temiminalóyan*. Encontrábase después con un tigre que le comía el corazón, *Teocoyleualóyan*, y ya sin él, caía en el *Apanuiayo*, en cuya agua negra estaba la lagartija *Xochitónal*. Entonces había terminado su viaje el muerto, y se presentaba á *Mictlantecuhltli* en el lugar llamado *Izmictlanapochcalocca*, ó según dice Sahagún, *Chicunahuimictla*, en donde se acababan y fenecían los difuntos. En algunas tradiciones, para llegar á este último lugar, había que atravesar aún los nueve ríos llamados *Chicunahuápan*.

Basta poner atención en el relato de este viaje para percibir que no se trata del alma sino de una ficción en que el mismo cuerpo difunto hacía el camino misterioso, para lo cual se salía de su sepulcro á los cuatro años de estar enterrado. Nótese que la última

estación del viaje es el *Izmictlanapochcalocca* en que estaba la lagartija *Xochitónal*. La lagartija es símbolo de la tierra, y *Xochitónal* el último día del año, lo que unido al significado del nombre de la mansión, manifiesta expresivamente que el cadáver, al cabo de tal plazo, llegaba al último día de esa vida ficticia y se convertía en polvo de la tierra. Por esto dice Sahagún que en el *Mictlán* se acababan y fenecían los difuntos, pereciendo para siempre en la casa de las tinieblas y oscuridad.

Por más que queramos idealizar á la raza nahoas, tenemos que convenir en que el camino de los muertos y su fenecimiento en el *Mictlán* revelan un claro materialismo.

Al *Mictlán* iban los que morían de enfermedad natural, fueran señores ó maceguales, sin distinción de rangos ni riquezas. Los nahoas no reservaban premio ni castigo á las almas; y esto, y tomar en cuenta para lugar de destino en la otra vida la clase de muerte, provenía de que para ellos no era libre el albedrío, pues tantas influencias y agüeros ejercían su poder sobre el hombre, que verdaderamente quedaba irresponsable. Por eso el sacerdote, disculpando al pecador, dice en una de las oraciones que hasta nosotros han llegado: *no pecó con libertad entera del libre albedrío, porque fué ayudado é inclinado de la condición natural del signo en que nació*.

No habiendo, pues, otro origen para el destino después de la vida que la clase de muerte, escogieron otro lugar distinto del *Mictlán* para los que morían de rayos, ahogados en agua, los leprosos y bubosos, sarnosos, gotosos é hidrópicos: este lugar era el *Tlalócan*, la mansión de la luna. A los que de tales enfermedades morían no los quemaban, sino los enterraban. Figurábanse los nahoas el *Tlalócan* un lugar de regalo y de contento, fresco y ameno, en el que siempre reverdecían las ramas ostentando copiosos frutos; idea muy propia del lugar en que residía el dios de las aguas: y como los muertos de las enfermedades ó accidentes citados eran víctimas propicias á *Tlaloc*, por eso iban á residir al *Tlalocan*. Si el *Mictlán* aparece como un lugar de aniquilamiento y destrucción, en esta nueva mansión se percibe una segunda vida, aunque material, sin que se asegure que era eterna.

La tercera mansión adonde iban los difuntos era el cielo donde vive el sol. Allí no se tenía cuenta con noche ni con día, ni con años, ni con tiempos; el gozo no tenía fin y las flores nunca se marchitaban. A este lugar iban los que morían en la guerra y los cautivos que morían en poder de sus enemigos. Decían que estaban en una hermosa llanura, y que todas las veces que salía el sol daban muchas voces golpeando en sus escudos; y el que tenía el escudo pasado de saetas, veía el sol por los agujeros de él. Ya parece que se vislumbra la inmortalidad en esta mansión; pero

agrega la leyenda que á los cuatro años se convertían las almas en diversos géneros de aves de pluma rica y de color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo. Vuelve el materialismo y desaparece la inmortalidad.

Por más que quisiéramos sostener que los nahoas habían alcanzado una gran filosofía, que eran deístas y que profesaban la inmortalidad del alma, lo que también creíamos antes, tenemos sin embargo que confesar que su civilización, consecuente con el medio social en que se desarrollaba, no alcanzó á tales alturas. Sus dioses eran materiales; el fuego eterno era la materia eterna; los hombres eran hijos y habían sido creados por su padre el sol y por su madre la tierra; el fatalismo era la filosofía de la vida; y sin premios ni penas para una segunda existencia, reduciase ésta á un período de cuatro años, que no podía ser la inmortalidad del alma.

Y ya que hemos penetrado, digámoslo así, en el espíritu de la raza, examinemos, por los muy pocos datos históricos que de ella nos quedan, su desenvolvimiento

y el progreso de su civilización. Desde luego tenemos que manifestar que no existen anales de aquellas épocas: tan sólo conocemos la región en que los nahoas desarrollaron su cultura, y vamos á tratar de inquirir cuál fué y hasta dónde llegó.

Ya hemos dicho como los nahoas, á pesar de proceder de la región oriental, se vieron obligados á ocupar la cordillera que de norte á sur atraviesa nuestro continente inclinándose á la parte occidental, de manera que mientras por el lado oriental quedan grandes y extensas llanuras, en el del Pacífico es verdaderamente una lengua de tierra que se extiende desde la parte más septentrional hasta Perú y Chile. Siendo esta zona, entre la cordillera y el Pacífico, la de la raza nahoas digámoslo así, comprenderemos como en los primeros tiempos se extendió por ella hasta el Perú; pero cortada en diferentes lugares por sucesos posteriores, la encontramos ya localizada en la parte noroeste entre los grados 23 y 38, extendiéndose, según algunas opiniones, hasta el 42. Ningún territorio podía ser más á propósito



Chicomoztoc. (Códice Vaticano)

para el desenvolvimiento de la raza, pues de dicho grado 42 hasta nuestra frontera se ensancha la zona, abrazando las magníficas llanuras que forman hoy la Nevada, Utah, Nuevo México y Arizona, comprendiendo además el riquísimo país de California. Este país era más importante en aquellos tiempos y más propicio á las costumbres agrícolas de los nahoas; pues por los estudios que del terreno se han hecho, se ha conocido que antes había en él caudalosos ríos y depósitos de agua que debieron fertilizarlo grandemente; pero la parte más importante de aquella región, fué sin duda la que pertenece á nuestro actual territorio y comprende Sonora y Sinaloa. Toda la región era el *Chicomoztoc*.

En lo más septentrional de la región se encuentran ruinas hasta el grado 38, y generalmente están en las cañadas. Más al sur, y próximo á nuestra frontera, el terreno era muy propicio para la vida agrícola de los nahoas: encajonase entre el río Colorado y el Gila en un ángulo que tiene por vértice el mar Bermejo ó golfo de California; y ahí, con las montañas Rocallosas ó Sierra Mojada por defensa al oriente, y con todos los recursos naturales que esos dos grandes ríos y la vecindad del mar proporcionaba, debió desarrollarse á mayor grado

aquella antigua civilización. En ese lugar precisamente, en la confluencia de ambos ríos, y entre ella y el mar colocamos la ciudad que más fama alcanzó entonces, *Huehuetlapállan*.

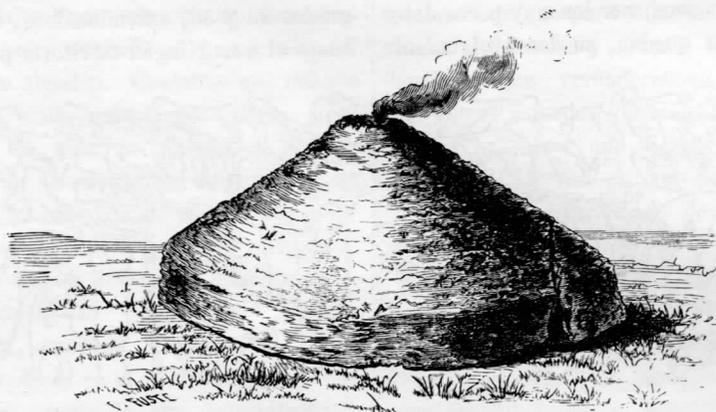
En todas las crónicas se repite la tradición de que los nahoas habían venido del *Chicomoztoc*, que nuestros escritores traducen literalmente *las siete cuevas*. En la escritura jeroglífica, por virtud de su carácter fonético, para expresar *Chicomoztoc* se pintan las referidas siete cuevas. Las tradiciones están contestes en que el *Chicomoztoc* estaba en el noroeste. A ese rumbo fueron las expediciones de los conquistadores en busca de las *siete ciudades*. Fueron siete grandes centros que constituyeron siete distintas nacionalidades, y fué el más importante *Huehuetlapállan*; y es de presumirse que ahí tomó más desarrollo la civilización nahoas, que también llamamos tlapalteca, pues recuerdos quedan de haber sido un gran centro á propósito de la corrección del calendario.

Colocamos á *Huehuetlapállan* en el lugar antes designado, que es el más importante del *Chicomoztoc*, no sólo porque en él se encuentran extensas ruinas, sino porque á ello nos autoriza el significado de su nombre.

Los nahoas tuvieron generalmente la costumbre de dar nombre á sus ciudades de acuerdo con las circunstancias especiales del terreno en que las construían. *Tlapállan* significa lugar de tierra colorada ó bermeja, y por ser así la de aquel terreno y la que ahí arrastran las aguas, llámase su río principal río Colorado, y el golfo vecino mar Bermejo. Fué sin duda este gran centro uno de los primeros y más antiguos, pues vemos que á su nombre *Tlapállan* se le agrega el adjetivo *huehuetl*, que significa viejo: así los nahoas designaban esa importantísima ciudad llamándola *la vieja Tlapállan*, *Huehuetlapállan*.

Hemos dicho que en nuestro actual territorio debía encontrar la raza nahoá el terreno más propicio para su desarrollo. En efecto, la extensa faja que ocupan Sonora y Sinaloa respondía prodigiosamente á las necesidades de aquel pueblo agricultor. Tiene esa tierra, al po-

niente, el mar Bermejo que contribuía con sus riquísimos productos; la bañan caudalosos ríos que, como el Yaqui, se desborda haciendo de los terrenos de labor verdaderos asombros de producción; y se levanta al oriente, como gigantesca muralla para su defensa, la Sierra Madre, riquísima en maderas, desde el pino colosal hasta el capomo que deja caer sus ramas que enraízan formando gigantescas arcadas, y desde la sangre de drago hasta el ébano que sirve ahí de leña para los usos domésticos. Innumerables son las aves de brillantísimos colores, é incontable la cacería desde el tigre y el jaguar hasta el venado de los bosques y la tortuga de las playas. Hay en esas montañas toda clase de mármoles y rocas, y en ellas circulan, como arterias, vetas fabulosas de oro y plata. Encuéntanse en esa sierra todos los climas y los productos naturales de ellos, desde los altísimos picos en que falta ya la vegetación hasta las



Casa redonda

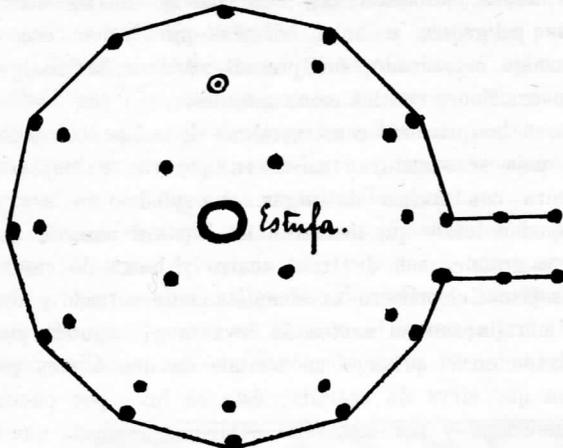
cañadas en que mecen al viento sus abanicos las cimbradoras palmas. La faja de tierra tiene una temperatura cálida y sana; y se comprende que en medio de aquella naturaleza lujuriosa se desarrollara inmensamente la imaginación de la raza nahoá, entre la muralla titánica de color de zafiro de la cordillera y el manto de espumas de la mar, que parece salpicado de chispas de oro; bajo un cielo que de día semeja pabellón de fuego, y en el cual se ven por la noche más grandes y más brillantes las estrellas. Así se comprende como la ardiente imaginación nahoá creó el admirable simbolismo de su religión y las poéticas leyendas de su historia, y como partió el dominio de sus cielos entre el sol *Tonacatecuhtli*, que la inundaba de luz; la poética estrella *Quetzalcoatl*, que se hundía rielando en las aguas al confín del horizonte; la luna *Tezcatlipoca*, que se envolvía entre las nubes de las montañas; el dios *Tlaloc*, que desde éstas enviaba las benéficas lluvias á sus campos, y la mar, la diosa *Chalchiuhtlicue*, que extendía ante sus ojos pasmados su cauda azul y brillante llena de olas y de misterios.

En tan prodigiosa región debió existir un centro

muy adelantado, y la tradición nos ha conservado el nombre de *Culhuacán*, hoy el Culiacán de Sinaloa. Creemos que la civilización nahoá, tal como en ese lugar se desarrolló, es la que conocemos y la que fué importada por las diversas inmigraciones.

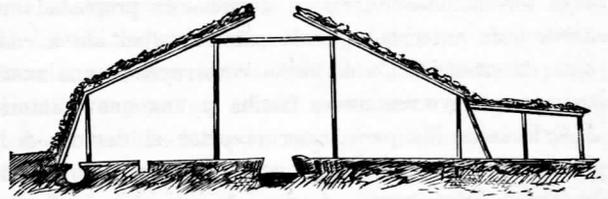
Como hemos dicho, aquellos pueblos nahoas no nos dejaron anales, de manera que ignoramos por completo su historia. Y como cuando llegaron á esas regiones los españoles hacía más de diez siglos que la civilización había desaparecido, y los lugares estaban habitados por nuevas tribus ó por descendientes degenerados de las primeras, tan sólo de indicio pueden servirnos las costumbres que en esos sitios encontraron. Hallaron, sin embargo, en ellos, páginas mudas de ruinas ya antiquísimas en aquellos tiempos; pero que hoy nos hablan elocuentemente para revelarnos la manera de vida de esos pueblos, su organización y tal vez hasta las causas de su desarrollo y de su decadencia y destrucción. Las habitaciones van á ser nuestra primera guía en tan difícil camino; y ha sido fortuna que la moderna civilización haya encontrado á algunos pueblos usándolas bajo las mismas condiciones que nos presentan

en las ruinas seculares. Ya entonces estos datos, unidos



Plano de una casa redonda

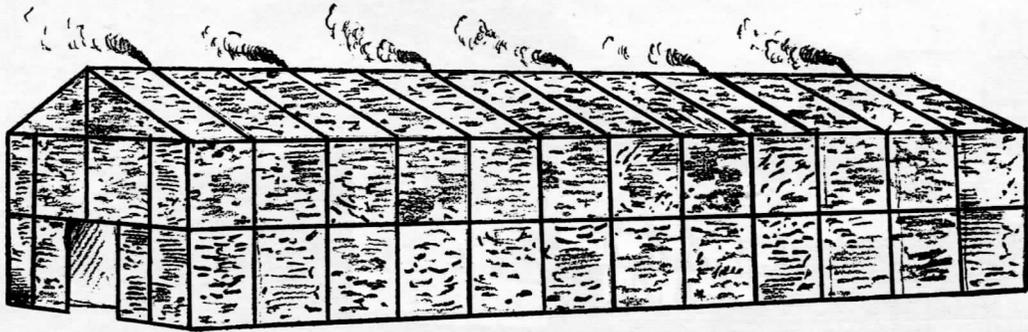
La clase más primitiva de edificios que se nos presenta es la habitación circular, cuyas paredes inclinadas le dan una forma cónica, teniendo en el vértice del cono una abertura por donde sale el humo del hogar ó estufa. M. Bandelier, que ha recorrido aquellas



Corte de la casa redonda

regiones, nos ha contado que, mientras que las mujeres duermen en las habitaciones, los hombres lo hacen al rededor de la estufa con los piés próximos á ella. Percibimos en esto el antiguo culto del fuego: la casa redonda con su abertura en el centro, por donde pasa el humo del hogar, nos recuerda el disco agujereado de

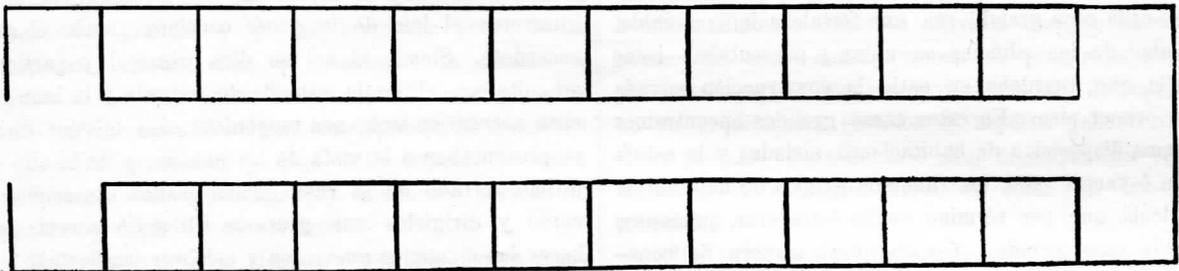
á las costumbres tradicionales, afirman más nuestro paso en tan osada senda.



Casa larga

Xiuhltlel. Y encontramos también el recuerdo del culto del sol en la misma ciudad de las casas redondas, que en sus murallas semeja la forma convencional del *Tonatiuh*. Podemos, pues, decir que aquel pueblo profesaba la religión nahoa. Si examinamos la casa redonda en su

plano y corte vertical, encontraremos en el medio un hogar común, la estufa, y al rededor varias piezas separadas unas de otras. La forma y diversas habitaciones de estas casas, con un diámetro de más de doce metros y con un solo hogar, revelan el comunismo



Plano de una casa larga

establecido en varias familias de la misma rama ó *gens*. Los hombres trabajan en común el campo, las mujeres hilan y tejen. La poligamia es natural en esa clase de vida. Ahí vive el padre con los hijos y nueras y con las nietas. Cuando ya la familia no cabe en la casa, los hijos se separan á formar un nuevo hogar en que se siguen las mismas costumbres. Un agrupamiento de

casas forma una población, sin más espacio que el necesario entre ellas y la plaza para las fiestas y actos religiosos.

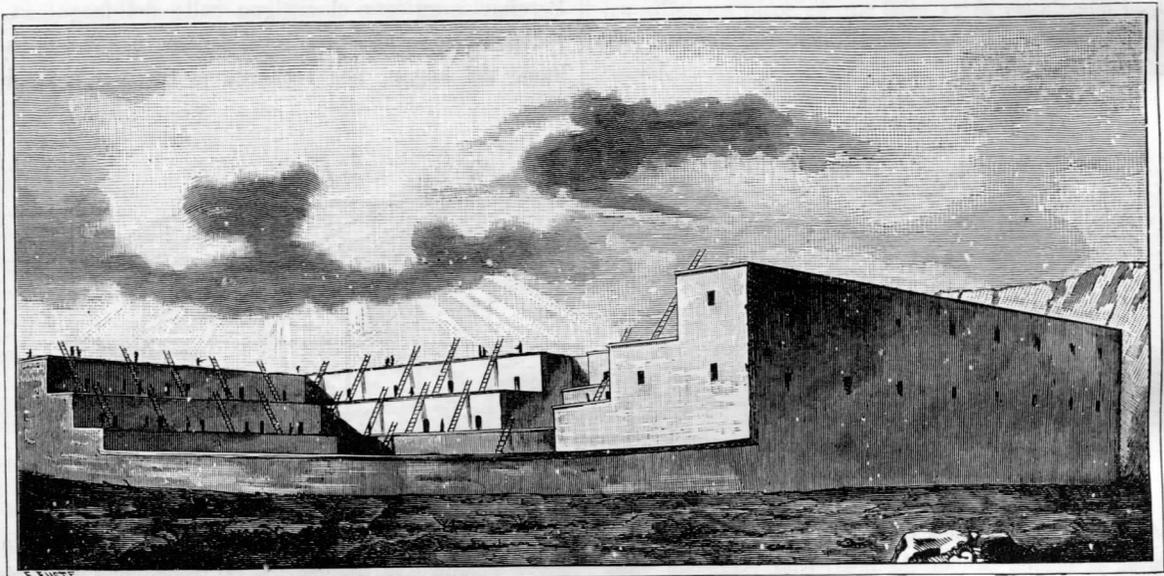
Como la casa redonda, encontraremos también la casa larga, construída para las mismas necesidades de igual vida. Una sola entrada que da á un corredor que va hasta el fondo; á derecha é izquierda del corredor

las habitaciones aisladas, y en ese corredor una ó más estufas, según que la alimentación se haga en común por toda la familia ó que ésta se divida en fracciones. Esto revela un pueblo agricultor y pacífico: entre casa y casa están los terrenos de labor de cada familia; la casa y el terreno constituyen su derecho de propiedad; no existe más autoridad que la paterna, limitada á cada casa; la emancipación de hecho construyendo una nueva casa, constituye una nueva familia y una nueva autoridad; la única ley para hacer respetar el derecho es la fuerza, y como no existe aún un verdadero estado social, el padre resume el cargo de sacerdote y el culto se reduce al hogar.

Estas casas, desparramadas en la llanura, en la cual según las necesidades se iban extendiendo, pudieron en

un principio ser defensa bastante contra los ataques de las tribus merodeadoras; pero cuando éstas se hicieron más peligrosas y hubo además que luchar con un enemigo organizado, fué preciso sustituir las antiguas construcciones con las casas grandes.

A las primeras construcciones de adobe con techos de paja se sustituyen casas en que ya se emplea la piedra con techos de vigas. La piedra se usa en pequeños trozos que muestran su fractura natural. Las casas grandes son de tres, cuatro y hasta de cinco ó seis pisos: el primero es completamente cerrado y sirve de muralla; en su azotea se levanta el segundo piso, dejando en el primero un terrado de dos ó tres piés para que sirva de entrada; ésta se hace por puertas disimuladas y por medio de escaleras de mano que se



Vista de una casa grande

retiran á voluntad: igual procedimiento se sigue en la construcción de cada piso superior. Retiradas las escaleras, cada casa grande era una fortaleza inexpugnable. Las alas de los edificios se unían y presentaban como muralla que guardaba su patio la construcción cerrada de su primer piso. En estas casas grandes encontramos la misma disposición de habitaciones aisladas y la estufa común ó varias para los diversos grupos de habitantes. Se calcula que por término medio éstos eran quinientos en cada casa grande. Y esta nueva manera de construcción nos revela un nuevo estado social que vamos á examinar.

La primera idea que se presenta ante una construcción de tanta importancia, es que por sí mismos no han podido labrarla sus habitantes: supone ya un estado social en que hay súbditos y señores. Los primeros trabajan en la construcción de los edificios y en las labores de los campos, y los segundos constituyen la casta guerrera que presenta todavía un carácter pura-

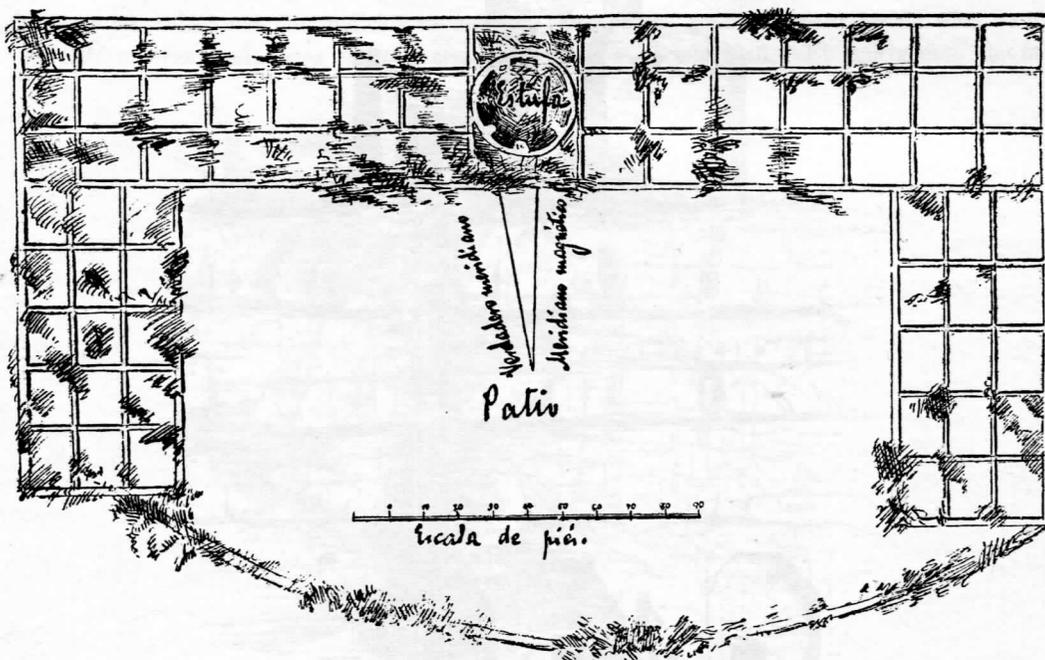
mente defensivo. Es difícil sostener en tal estado de cosas que la casta sacerdotal se ha separado de la guerrera: el jefe de la *gente* continúa siendo el gran sacerdote. Siendo el sol su dios principal y partiendo su culto con el de la estrella de la tarde y la luna, no eran necesarias imágenes teogónicas; los mismos dioses se presentaban á la vista de los nahoas, y de lo alto del último terrado de la casa grande podían contemplar su curso y dirigirles sus preces. El patio servía para hacer los ejercicios guerreros y celebrar las fiestas.

La casa grande ya no contiene una sola familia como la casa larga, es ya una tribu: esto supone una primera organización social y un jefe determinado. La vida se reglamenta entonces: los unos cultivan el campo, otros cortan madera y acarrear materiales, algunos se dedican á la alfarería, y los señores ó guerreros, únicos poseedores de las armas, construyen éstas y practican la caza, mientras que de las mujeres, las de la clase inferior llenan los quehaceres domésticos y las de la

casta superior hilan el algodón y tejen las telas. A la hora de la comida se reúnen por clases en un banquete común. A la hora de la batalla todos ocupan su puesto para defender su fortaleza. Si alguno muere, la tribu celebra sus exequias quemando el cadáver. Y esto nos obligaría á entrar desde luego en todos esos pormenores; pero antes queremos examinar el mayor estado de progreso á que llegó esa organización social.

Hemos visto que estas construcciones se encuentran hasta la altura del grado 38, y podemos agregar que cubren los grandes valles bañados por el San Juan y sus tributarios, por el río Grande, el Colorado y el Gila, comprendiendo una extensión de cerca de doscientas

mil millas cuadradas. Es lógico decir que, cuando la tribu aumentaba, tenía que construirse otra casa grande, para lo cual se seguía la dirección del curso de los ríos; y ya por este motivo, ya por alianza de tribus diferentes, se iban formando entidades más importantes que no constituían todavía una nacionalidad: las ligaba el interés de una mutua defensa, pero en su gobierno interior cada una era independiente. Esta nueva organización supone un estado permanente de guerra con tribus invasoras ó con agrupaciones dedicadas al mero-deo en gran escala. Dos testimonios nos quedan de ese estado de guerra: el primero, el número inmenso de puntas de flecha y de restos de otras armas que se



Plano de una casa grande

encuentran en la vecindad de esas ruinas; el segundo, una nueva construcción que servía de centinela avanzada á las casas grandes y que se levantaba sobre rocas escarpadas. Desde ellas se dominaba la llanura á larguísima distancia y se veía venir al enemigo, sirviendo en este caso de vigías; eran también habitaciones de la casta guerrera, y bajo este aspecto debemos considerarlas como ciudadelas, y finalmente servían de almacenes y depósitos de víveres.

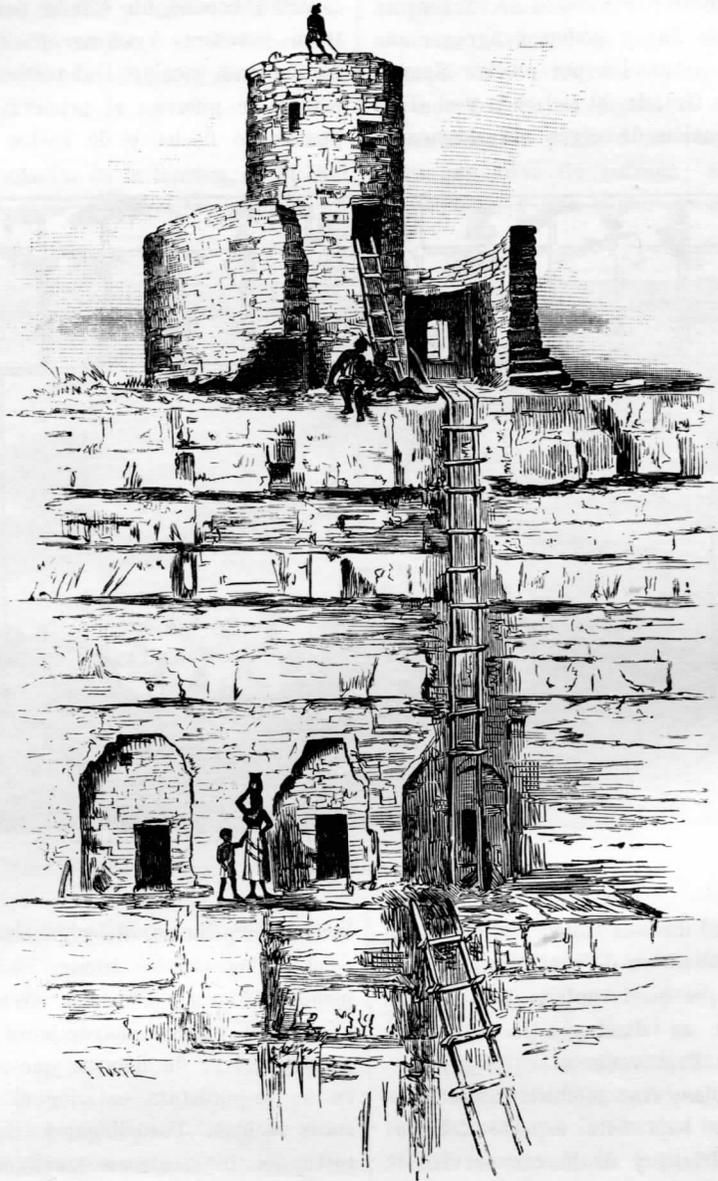
Estas casas estaban siempre construídas sobre rocas cortadas á pico en planicies de cuarcito silíceo. Desde la base de una muralla natural y casi vertical, algunas veces de más de mil piés de altura, hasta el vértice de la planicie, se construían las casas en cualquier recodo ó roca inaccesible y aparecían como suspendidas á centenares de piés. Ponen espanto en el ánimo esas ruinas adonde no puede llegar el explorador moderno, y cuyos muros, construídos en los salientes horizontales ó en las cavidades naturales de la pared de la montaña, forman

la fachada principal de gigantesco palacio construído en combinación por los titanes de la Naturaleza y por los hombres titanes. Debemos advertir que por el destino mismo de estas construcciones se procuraba hacerlas poco visibles, de manera que se cuidaba de reproducir en su arquitectura exterior el aspecto general de las rocas vecinas. Para llegar á ellas se empleaban veredas tortuosas ó escaleras movioles como en las casas grandes.

Un paso más y el interés común formará la ciudad y tendremos una verdadera organización social. Para encontrar ese estado de adelanto tenemos que buscarlo en las ruinas de la llanura y ya en la región de *Huehuetlapálan*. En el ángulo que forma el extremo sudoeste del Colorado se encuentran ruinas que manifiestan que ahí hubo un centro populoso. Los restos de esta ciudad cubren aún una superficie de quinientos mil piés cuadrados. El lugar estaba amurallado. Los muros, por la parte que mira al campo, están tan destruídos,

que en algunos lugares solamente se revelan por la mayor elevación del suelo. Las casas son indiferentemente cuadradas ó circulares y por lo común de una sola pieza. Pero en el extremo norte del pueblo se ven trozos de paredes de dos inmensos edificios de forma paralelógrama, que parece que se construyeron para asegurar una protección mutua á gran número de habi-

tantes y permitirles sostener una defensa prolongada. Estos dos grandes edificios están colocados á cien piés el uno del otro en una línea que hace frente casi exacto al norte. Los muros de este lado, por donde sin duda era más posible el ataque, estaban formados con trozos de piedra tallados simétricamente en forma de rectángulos, de un pié de largo, medio de ancho y cinco



Reconstrucción de casas de las rocas

pulgadas de espesor. Se conservan todavía á una altura de once piés, mientras que por el lado opuesto las paredes son un montón de ruinas porque estaban construídas con adobes. El mortero usado para unir las piedras es simple barro, aunque naturalmente tiene polvo calcáreo.

Otro pueblo de la misma región presenta una particularidad en su arquitectura. Los ángulos exte-

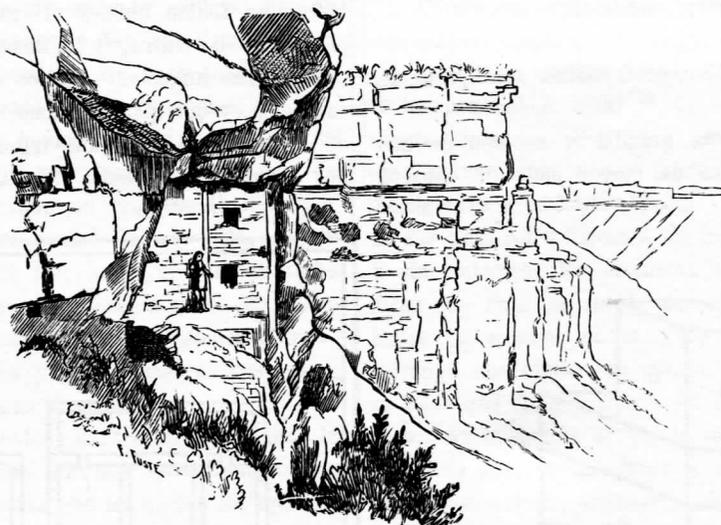
riores de las casas se han redondeado cuidadosamente; pero los útiles de albañilería han de haber sido pocos y muy primitivos porque una vez preparadas las piedras todo lo demás se hacía con las manos, pues en la mezcla exterior han quedado impresos los dedos y á veces se ven las huellas de la piel.

En la misma región, y sin duda como centinela avanzada y ciudadela de un pueblo, se ha encontrado

una casa en la roca muy curiosa. Es de dos pisos y está construida en la pared casi perpendicular de la montaña á ochocientos piés de altura sobre el nivel del río. Tiene la casa como doce piés de alto y cada piso tiene tres cuartos de seis piés cuadrados aproximadamente. Cerca de ahí se elevan otras ruinas sobre una roca redonda de diez ó doce piés de altura. El lugar de esta torre había sido escogido admirablemente, pues desde ella se observa el campo á muchas millas de distancia, y por medio de señales podía anunciarse el peligro á estaciones muy lejanas. Este pequeño castillo desaparecía á las miradas oculto entre los fragmentos de roca que lo rodeaban.

Nos encontramos ya con una región en que la ciudad está organizada y las ruinas nos dan indicios bastantes de cómo se habían organizado esos nuevos centros.

Teníamos ya desde antes bien definida la división de la sociedad en dos castas, la del pueblo y la guerrera: aquí se marca más esta separación; el pueblo vive en las casas pequeñas dentro del recinto amurallado de la ciudad; la casta guerrera habita las casas grandes que sirven de fortalezas á la misma ciudad; y como se necesita un lazo de unión social aparece la casta sacerdotal, y aun podríamos decir, por lo que nos enseña en tiempos posteriores la historia, que el gobierno de aquella época fué la teocracia. Como el pueblo era agricultor, la ciudad era el centro de defensa de los campos y la casa en la roca servía de atalaya. Esto hace suponer la alianza defensiva de varias ciudades contra el enemigo común como antes la había entre varias casas grandes; pero no da idea de la existencia de una nacionalidad. El sentimiento de la patria no



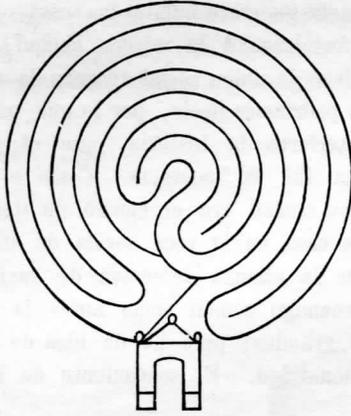
Casa de roca en el Colorado

podía existir. En cambio, con la formación de la ciudad, la religión debió tomar mayor imperio y formarse un culto.

Las ruinas de las casas grandes del Gila parecen darnos alguna indicación á este respecto. De las descripciones que en sus manuscritos nos dejaron los misioneros jesuitas, acompañándolas de dibujos muy sencillos, tomaremos los datos para dar una idea de la ciudad. Hacia la confluencia de los dos ríos, el Colorado y el Gila ó Xila, se extienden amenas vegas por espacio de más de diez leguas, convidando el sitio á pueblos agricultores como fueron los nahoas. Desbórdase el Xila periódicamente en más de una legua á cada lado, cubriendo las tierras con sus lamas y haciéndolas fertilísimas. Para aprovechar estas tierras y huir del peligro de las inundaciones, construyóse la ciudad fuera de esa distancia; pero á fin de aprovechar las aguas del río, ya en la misma población, ya para riego de otros campos, se formó para llevarlas una acequia muy grande á dos leguas río arriba, la cual pasaba frente á la ciudad,

dividiéndose ahí en varios acueductos que cruzaban por ella. Había, además, media legua al oeste de la población, una profunda laguna, aunque no muy extensa, que desaguaba en el río. De las casas grandes que en ese lugar había, mansiones de las castas principales, se dice que la llamada de *Montezuma* tenía cuatro pisos con techo de vigas de *tazótil* y las paredes de materiales muy sólidos con finísima argamasa. Estaba dividida en cuartos y viviendas de bastante capacidad para alojar á gran número de los primeros señores y sus familias. A distancia de tres leguas de esta casa se encontró otra que por la extensión de sus ruinas daba á conocer que había sido mucho mayor. Por donde quiera se hallan en aquellos terrenos tiestos de loza muy finos y de diversos colores. Más arriba, sobre dicho río, se ve otro edificio en figura como de laberinto, que no pudo ser habitación y que nos revela ya el templo y el culto. Otras grandísimas casas de tres y de cuatro pisos hay en aquella región; y si nos atreviéramos á hacer un cálculo por el número de casas grandes

de que tenemos noticia y por el número de personas que podían habitarlas, tomando también en cuenta la casta del pueblo que en *xacalli* habitaba, creo que no exage-



Laberinto de Huehuetlapállan

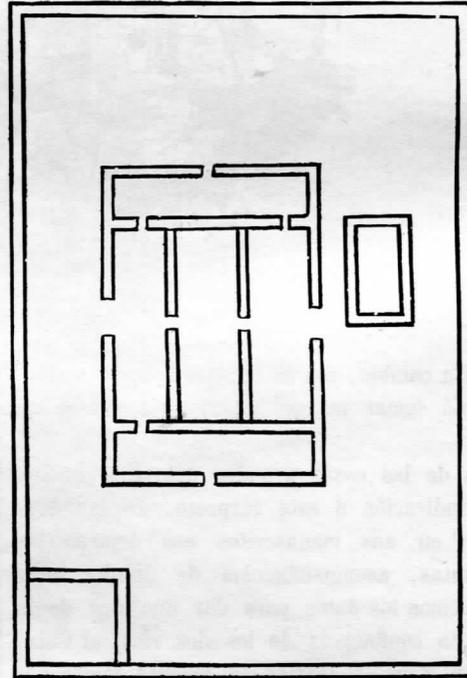
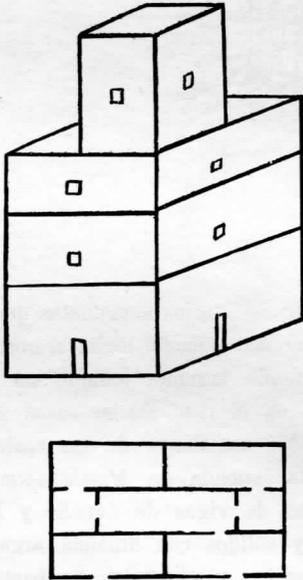
ríamos diciendo que *Huehuetlapállan* tenía más de cien mil habitantes.

En una de las casas grandes y en uno de sus ángulos había una fábrica de mayor mole de cinco á

seis pisos á manera de castillo, lo que acusa la estancia principal de la casta guerrera y cierta jerarquía civil del poder militar.

En relación más minuciosa de la casa llamada de *Montezuma* por los cronistas, se dice que era muy grande, de cuatro pisos, cuadradas las paredes y muy gruesas, como de dos varas de ancho, cubiertas de un barro liso y blanco y por dentro de una especie de estuco algo colorado y las puertas muy parejas. A las inmediaciones de ésta había otras doce casas algo menores, pero de la misma clase y fábrica. Del acueducto se dice que era de diez varas de ancho y cuatro de alto con un bordo muy grueso; todo lo que supone una gran población y una sociedad organizada.

Llama la atención el encontrar en estas ruinas el elemento del modo de construir la bóveda, pues las ventanas, á pesar de que eran perfectamente rectangulares, no tenían quicios ni travesaños, lo que supone el uso de la cintra, y lo mismo eran sus puertas, aun cuando más angostas. Parece que un edificio de menor extensión, y que por lo mismo no era apto para servicio de habitación á toda una tribu, era un palacio. De él nos quedan dos planos que tienen entre sí algunas



Palacio de Huehuetlapállan

variantes y un dibujo de su forma. Media treinta y seis pasos de largo por veintinueve de ancho. Esto presupone un poder civil establecido. Es curioso saber también cómo formaban los techos, pues sobre vigas de cedro ó sabino, redondas ó cuadradas, extendían otates muy parejos y sobre ellos una costra muy pulida de argamasa y barro duro. Las casas del pueblo eran *xacalli* formados de adobes,

En otra relación más pormenorizada del referido palacio, se dice que sus cuatro paredes maestras están perfectamente orientadas y que lo cercan unas ruinas que indican que estaba rodeado de una muralla para su defensa, pues en una de las esquinas había otro edificio de un piso como castillo ó atalaya. La cerca exterior ó muralla era de cuatrocientos veinte piés de norte á sur y de doscientos sesenta de este á oeste. El palacio

se componía de cinco salas, tres iguales y paralelas en el centro y dos más largas en los extremos. Las tres salas tienen de norte á sur veintiseis piés y diez de este á oeste, y las otras dos doce piés en la primera dirección y treinta y ocho en la segunda: todas tienen once piés de altura. Las puertas de comunicación tienen cinco piés de alto y dos de ancho, excepto las de las cuatro entradas que eran dobles; las paredes interiores tienen cuatro piés de grueso y seis las exteriores; la casa tiene por el exterior setenta piés de norte á sur y cincuenta de este á oeste. Delante de la puerta del oriente y separada de la casa hay otra pieza que tiene de norte á sur veintiseis piés y de este á oeste diez y ocho sin el grueso de las paredes. Se conoce que el edificio tenía tres altos.

Hemos querido poner esta descripción, ya por lo minuciosa, ya porque ella y la diferencia de los planos acreditan que no se trata de un solo edificio, sino de dos palacios diferentes; aunque le dan el mismo nombre de *Montezuma* los manuscritos. De paso advertiremos que este nombre fué impuesto por los españoles.

El acueducto de que hemos hablado circundaba la ciudad en una extensión de tres leguas y le servía de defensa; y era tan capaz, que un cronista dice que por él se vaciaba la mitad del caudal del río Xila. Había también á seis leguas del río, hacia el sur, un aljibe cuadrado y hecho á mano, de sesenta varas de largo por cuarenta de ancho, con pretiles de piedra y argamasa fuertes como paredes y con puertas en sus cuatro ángulos para recoger el agua llovediza.

Tenían aquellos pueblos la tradición de que la ciudad había sido construída por sus ascendientes, que llegaron huyendo de la guerra que les hacían los apaches y otras veinte naciones con ellos confederadas, conducidos por *Siba*, cuyo nombre significa el hombre amargo. Esta tradición nos explica la extensión hacia el sur de la raza nahoá.

Considerando una época de civilización bastante adelantada aquella en que se reformó el calendario, es decir, en el siglo tercero antes de nuestra era, y tomando en cuenta los datos históricos que acreditan que aquella sociedad se destruyó en el siglo sexto, podemos atribuir á la edad tlalpalteca diez siglos de duración. Se comprende cuánto debieron desarrollarse aquellos pueblos en tan largo período de prosperidad; y así lo acredita la lengua nahoá, perfectísima entre las de su clase, y que necesitó el transcurso de varias centurias para llegar á tal estado de perfección.

¿Y qué queda hoy en esas regiones de aquellos pueblos y de raza tan poderosa? Los pimas en las vegas del Xila; los opatas y los eudeves y los tobas de la misma familia; los yaquis y los mayos más al sur, y otras tribus que hoy viven casi en estado salvaje. Las lenguas de todos ellos pertenecen á la familia nahoá; verdad que ha demostrado la filología moderna,

pero que ya habían conocido y dicho los primeros misioneros. Se distinguen entre ellos, principalmente como pueblos agricultores y laboriosos, los yaquis y los mayos, que viven respectivamente á lo largo de los ríos Yaqui y Mayo en el Estado de Sonora.

Este parentesco con el mexicano de las lenguas aun existentes en el norte, y no sólo de las citadas sino de otras muchas, confirma que todas las tribus nahoas bajaron de ese rumbo y destruye los sistemas fantásticos, hoy tan en boga, de escritores que quieren sustituir los partos, íbamos á decir abortos, de su ingenio á la tradición y á la verdad histórica.

Procuremos ahora reconstruir aquella civilización con las costumbres que como huella indeleble encontraron los misioneros en las tribus descendientes de los tlalpalteca, combinándolas, como ya hemos indicado, con lo que nos dicen todavía las páginas mudas de sus ruinas.

Comencemos por el hombre nahoá. Así como haríamos mal en juzgar de los antiguos mexica por los indios que existen en nuestro Valle, así no debemos figurarnos al hombre nahoá igual al de las tribus existentes en nuestra frontera. Son, sin embargo, los hombres de esas tribus todavía hoy fuertes y bien desarrollados, inteligentes y de buen aspecto: son sin duda superiores en sus cualidades físicas á los indios del centro del país. Y sin embargo, los cronistas al hablar de los tolteca dicen que eran de mejor aspecto, blancos y barbados. Entre las momias de antiguos señores encontradas en Durango una vimos con cabello rubio. De *Quetzalcoatl* se decía que era barbado y así lo pintan en los jeroglíficos. No hay duda de que la raza nahoá, al mezclarse con otros pueblos inferiores y en época posterior á su primera grandeza, degeneró, especialmente en sus cualidades físicas. El misionero fray Silvestre V. y Escalante da cuenta, por relaciones de indios, de que en la otra parte del Colorado había una raza parecida á la española que usaba barba larga; pero el padre fray Francisco Vélez es más preciso, pues refiere que á treinta leguas al sudoeste de la laguna de Tinpamogotzís, á los 40° 49^m de latitud norte, encontró una nación de indios que usaban muy poblada y cerrada la barba, y algunos ancianos bastante larga, que parecían europeos. Usaban en la ternilla agujereada de la nariz un adorno que la atravesaba, el cual se observa en las pinturas que representan á los dioses nahoas; agrega que no sólo en la barba, sino que también en la fisonomía se parecen á los españoles y concluye diciendo que el nombre de estos indios en su lengua es *Tiranggapui*, y que el valle que habitaban cuando los vió el misionero está á los 39° 35^m de latitud. De todas maneras no puede dudarse de que los nahoas eran de una raza superior á las que históricamente conocemos, como lo manifiestan sus descendientes los opatas, los yaquis y los mayos, razas hermosas que ocupan el norte, el centro y el sur de Sonora.

Ya hemos hablado de la religión, gobierno y familia de los nahoas: solamente agregaremos, por lo que á la religión hace, que el culto debió ser muy sencillo, pues no se encuentra en las tribus que quedaron ocupando su territorio. El culto familiar debió practicarse en la estufa, ante el fuego, su dios creador, pues de ellas se dice que eran *seminario de idolatrías é invocación del demonio*, y en ellas se encontraron gran número de máscaras que para sus bailes sagrados les servían y también polvos de hierbas, plumas, simientes y otros objetos de ofrenda. Cuando en el siglo XVII



Jarra primitiva

se levantaron los pueblos del Nuevo México, lo primero que hicieron fué reconstruir las estufas y bailar en todo el país el baile de la *Cachina*, para lo cual hicieron muchas máscaras con la figura de sus dioses.

Aquí se nos presenta otra manifestación del culto, los bailes sagrados, y por esto creemos comprender que el culto y los ritos habían tenido mayor desarrollo en otra parte de aquella región, en lo que hoy es la California. Se encuentra en los manuscritos de las

expediciones hechas á aquel rumbo un lugar que está del lado opuesto del Colorado, y que unas veces llaman Mescaltitlán y otras Mestititlán. Este nombre de Mexcaltitlán, sobre el cual desde ahora llamamos la atención, nos indica que en ese rumbo se hablaba el nahoa mismo que después tomó el nombre de lengua mexicana. Los misioneros cuentan que en aquella misma región y hacia el grado 36, encontraron un gran lago de agua dulce cubierto de tulares que se extendían por setenta y ocho leguas. Tenemos para nosotros que aquella era la religión primitiva de los tolteca, en donde llevaban la vida lacustre de que hemos hecho mención. Ahí se encontraron grandes montones de conchas, semejantes á los *Kjoekken-moeddings*, que acusan pueblos que viven de la pesca; y de esta manera y con una existencia semi lacustre, encontraremos más tarde á las principales tribus de la última civilización. Antiquísimos son esos depósitos, pues se han encontrado jarras de barro á las cuales el tiempo ha adherido sólidamente las conchas. Acaso no es dato perdido en esta cuestión el jeroglífico de la famosa ciudad de Tula, Tóllan. Se levantaba ésta en un lomerío, y sin embargo, era su jeroglífico un tular en una laguna, como si fuera más bien el recuerdo de la primitiva mansión.

Pues bien, en la región de la California, que nos atrevemos ya á llamar tolteca, el culto tuvo sin duda mayor desarrollo. Tenían ídolos, y el padre Linck refería que cuando se bautizaron los indios se los llevaron, y que eran estatuas muy bien labradas, y que de ellas una tenía una arma en la mano y otra una culebra doble. Tenían también pinturas de sus dioses, y parece que de los signos cronográficos, y el mismo misionero las califica de muy decentes. En las peñas había pinturas de hombres, pescados, armas y flechas, y diversas rayas á modo de caracteres. Los colores de esas pinturas eran amarillo, colorado, verde y negro; los mismos que dominan en las pinturas mexicanas.

Demuestran también mayor desarrollo en el culto las danzas sagradas, pues el famoso padre Salvatierra dice que llegó á contar en aquella región hasta treinta bailes diversos, destinados cada uno á imitar las operaciones y esfuerzos, ya de la caza, de la pesca, de la guerra, de la cosecha de sus raíces y frutos, ó de los otros ejercicios en que se ocupaban. Sabemos que una de las danzas se llamaba *Nimbe*. Los instrumentos músicos que servían para estas danzas eran unos grandes tambores, semejantes sin duda al *huehuetl* de los mexica. Más al norte, en el pueblo de Hualpe, encontraron los misioneros una danza en que cada uno de los bailarines mantenía una víbora en la boca, siendo más de trescientos los danzantes.

Bastante poder debió tener la casta sacerdotal tan sólo con la influencia religiosa; pero encontramos la tradición de dos empleos á que ella se dedicaba únicamente, y que debieron aumentar mucho esa influencia.

Dicen los padres de las misiones que aquellos sacerdotes eran *hechiceros* y *curanderos*. Predicaban la suerte de los hombres según el signo cronológico en que nacían, y marcaban el favorable ó adverso para los diversos negocios de la vida. El pueblo los temía por la creencia de que podían matar con sus hechizos. Curaban con diversas hierbas y usaban de ciertas ceremonias para imponer á la multitud. Unas veces soplaban la parte dolorida del cuerpo con fuerza tal que se oía á distancia; otras chupaban el lugar enfermo, especialmente la herida de la flecha para extraer la ponzoña; á los enfermos les daban á entender que les sacaban del cuerpo palos, espinas y pedrezuelas, que eran las causas del dolor y de la enfermedad, y para engañarlos mejor escondían esos objetos en su boca ó en las manos, y después de haber curado se los enseñaban para convencerlos, y acostumbraban hacer sartas de los objetos que decían haber extraído de las partes enfermas, mostrándolos como prueba de su ciencia. Así aquellos sacerdotes, después de haberse apoderado del espíritu por la superstición, se hacían dueños del cuerpo por el ejercicio de curar las enfermedades.

Acostumbraban también hacer grandes pláticas al pueblo, especialmente cuando se trataba de emprender una guerra ó de hacer las paces. En tales ocasiones se reunían los sacerdotes y caciques al rededor de una gran lumbrada, y comenzaban por fumar sus cañas de tabaco, que era en ellos como ceremonia preliminar de estas juntas. Levantábase luego en pié el de más autoridad ó más anciano, y daba principio á su predicación; y la seguía dando á paso lento vuelta á la plaza, y levantando la voz de suerte que lo oyese el pueblo que á distancia le escuchaba. Concluída la plática, volvía á su asiento á recibir las felicitaciones de sus compañeros, que le manifestaban que su corazón sentía lo mismo que él había dicho. Seguía de intermedio el fumar otra caña

de tabaco, y después nueva plática de otro cacique ó sacerdote, y en esto pasaban lo más de la noche. En su decir eran conceptuosos: ya citaban los grandes hechos de sus abuelos nombrando á los guerreros más esforzados; ya ponderaban el valor de sus arcos y flechas; ya la gloria y obligación de defender á sus mujeres é hijos; ó bien enaltecían las conveniencias de la paz y las ventajas de gozar tranquilos de sus tierras y propiedades, concluyendo siempre por exhortar á todos á tener un mismo corazón y un mismo parecer.

Grande era la influencia de estos oradores, y así se decidía de los destinos públicos en estas juntas, que formaban las clases sacerdotal y guerrera, con exclusión del pueblo que oía para obedecer. Y nótese que en ellas se trataba solamente de la defensa y amparo de la familia ó del goce tranquilo de las tierras: no había más interés que el de la colonia agrícola ó el de la ciudad centro de la región agricultora: lo repetimos, no existía el interés de patria ó nacionalidad; y es importante fijarnos en esto, porque después nos explicará grandes acontecimientos históricos que solamente se comprenden por esta falta de cohesión nacional de la raza nahoá.

Concluamos la materia religiosa, examinando si los nahoas usaban los sacrificios humanos. El sacrificio, más que de la religión, es el fanatismo del culto, y siendo éste tan sencillo entre los nahoas, no debieron conocer los sacrificios humanos. En efecto, no hay ninguna tradición de ellos, ni se encuentran huellas en las ruinas y objetos que encierran. El pueblo nahoá era agricultor, sencillo y de carácter bondadoso; profesaba la religión de los cuatro astros que más directamente influían en su vida, á su vista y en su imaginación; rendía adoración por culto, y jamás manchó con sangre humana las aras de deidades feroces y despiadadas.